

ETHOS DE LA MUERTE

APARTADO 1.º

EL MORIR COMO ACCION

1. *Carácter personal de la muerte*

La muerte es un acontecimiento que afecta al hombre. Ocurre bajo el imperio de las leyes físico-químicas y biológicas. Es, por tanto, un proceso natural al que el hombre está entregado sin poder sustraerse.

Pero como todo lo que afecta al hombre está caracterizado por ser personal, también la muerte está con máxima intensidad determinada por la personalidad del hombre. Como hemos visto en anteriores ocasiones (vol. I, § 39; II, § 130), la personalidad implica dos cosas: autopertenencia, responsabilidad de sí mismo y finalidad independiente por una parte, trascendencia de sí mismo hacia las cosas, hacia el tú (comunidad) y hacia Dios, por otra parte. La personalidad desde el punto de vista ontológico implica un elemento inmanente y otro trascendente, y desde el punto de vista ético, la fidelidad a sí mismo y la entrega a la comunidad, a Dios en último término y definitivamente. Es una tarea continua e imposible de

cumplir perfectamente el realizar la fidelidad a sí mismo, es decir, la autoconservación, entregándose a sí mismo, y la entrega autoconservándose. Esto significa que la fidelidad a sí mismo no puede conducir a cerrarse frente al tú, especialmente frente al tú divino, y que la autoentrega no puede conducir a la pérdida de la mismidad en el mundo de las cosas o en la realidad personal.

La muerte ofrece al hombre una posibilidad especial de realizar su ser personal. La mortalidad significa, para el hombre, una especial tarea. En ella hay una llamada a la mismidad personal del hombre a hacerse consciente de ella y a dominarla espiritual y anímicamente, es decir, a apoderarse de ella conscientemente y ordenarla en el conjunto de la realización de la vida.

Esta tarea le es impuesta al hombre durante toda su vida. Cuando la cumple, se ejercita para el proceso del morir mismo. Este mismo proceso dirige con gran energía a la mismidad personal del hombre una llamada a penetrarla y configurarla anímico-espiritualmente. Aunque el morir es primariamente un padecer que le sobreviene al hombre, tiene que ser apropiado conscientemente por él, si no quiere abandonar su personalidad. La pasión se convierte así en acción. La *passio moriendi* se convierte en *actio moriendi*.

2. La muerte como autorrealización

Además, hay que observar que toda acción humana que cumple el sentido de lo humano está al servicio del autodesarrollo que ocurre paso a paso dentro de la vida humana, en la fidelidad a sí mismo y en la entrega al mundo y a Dios. La muerte representa la suprema posibilidad intrahistórica para el autodesarrollo del hombre. Como antes hemos visto, la muerte es el fin de la vida humana no sólo en el sentido de una fecha, sino en el sentido de una fijación definitiva del destino humano. Ofrece al hombre alcanzado por ella la última y más importante posibilidad de determinar para siempre su destino. Requiere al hombre para que lleve a fin definitivo lo que debió ocurrir durante toda la vida, a saber, la autorrealización en la autoconservación y entrega de sí. La muerte exige, por tanto, que el hombre tome postura de modo definitivo ante la totalidad de su vida. El hombre sólo puede hacerlo cuando se entiende a sí mismo con sobriedad y verdad, y reúne todas sus fuerzas poniéndose con decisión concentrada a favor de sí mismo y por

tanto de Dios. La muerte regala, por tanto, al hombre la última y extrema ocasión intrahistórica de su máxima realización.

Esta tesis se distingue esencialmente de la interpretación de la muerte, antes citada, de la filosofía existencial. Esta tiene razón, sin duda, cuando afirma que el hombre alcanza en la muerte la suprema posibilidad de llegar a sí mismo. Pero comete un error esencial cuando, como antes vimos, sólo le interesa de ello el cómo y no el qué de la postura humana. Lo que interesa es precisamente el contenido. Es de suma importancia saber si el hombre a la hora de la muerte afirma a Dios o sólo se afirma a sí mismo negando y olvidando a Dios.

El hecho de que en la posibilidad de autorrealización abierta al hombre por la muerte haya la exigencia de ser fieles a sí entregándose a Dios, se basa en que el hombre procede de Dios y es por tanto semejante a El. Esta exigencia se profundiza por el hecho de que en la muerte llega al hombre Dios mismo. Dios mismo se dirige al hombre cuando se aproxima la muerte. La muerte es el medio por el que Dios llama al hombre hacia sí. Es una llamada de amor y de justicia a la vez, una llamada que Dios dirige al hombre en la muerte. El hombre sólo entiende, por tanto, correctamente la muerte, si la acepta como encuentro con Dios. Si no se abriera en la muerte con incondicional disposición a Dios, no realizaría tampoco de modo apropiado la fidelidad a sí mismo. El cerrarse a Dios le conduciría a la definitiva pérdida de sí mismo.

El encuentro con Dios es un encuentro con el Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo (*Eph.* 2, 18), encuentro por medio de Cristo, que se entregó en su propia muerte al Padre, ofreciendo con ello un sacrificio configurado por el Espíritu Santo (*Heb.* 9, 14).

3. *Posibilidades ético-religiosas del hombre en la muerte*

Aquí surge un problema de gran importancia existencial. Hay que preguntar, en efecto, si a la hora de la muerte el hombre está en posesión de las fuerzas espirituales y anímicas que necesita para poder entregarse con vida concentrada a Dios. La muerte implica precisamente la debilitación e incluso la paralización de las fuerzas humanas. El problema se agudiza para los casos en que el hombre es sorprendido por la muerte. ¿Tiene entonces tiempo de acordarse de Dios?

Este problema tiene dos raíces, por así decirlo: una psicológico-metafísica y otra psicológico-existencial. La primera parte de la cuestión es si el hombre a la hora de la muerte, es decir, en un estado en que desaparecen sus fuerzas y se hunde su conciencia, posee la posibilidad interior de concentrarse una vez más, e incluso más que en toda su vida, para ofrecerse a Dios con energías concentradas. La segunda parte de la cuestión se refiere a si el hombre en el momento de la muerte sólo puede realizar aquello para lo que está preparado. No se entiende, sin más, que un hombre que ha pasado su vida frente a Dios se dirija a El en el momento de su muerte con intenso arrepentimiento y amor. La transformación de la aversión y odio en amor perduradero sólo se podría entender como fruto de una intervención especial de la gracia divina. Para que el hombre pueda esperar que la muerte se le logre tiene que haberse ejercitado para morir durante toda su vida. Este ejercicio implica una acción análoga al morir. Puede ser descrita como distanciamiento del mundo y entrega a Dios. La antigua Iglesia entendió sobre todo esta distancia del mundo como ayuno, vigilia y continencia sexual. Una posibilidad especial ofrece la enfermedad, presagio y precursora de la muerte. En ella obliga y ata Dios al hombre. En su aceptación el hombre obedece a Dios: renuncia a su movimiento en el mundo y deja que Dios disponga de él. (Como la enfermedad sólo es signo de la muerte en general y no necesita presagiar la muerte como un acontecimiento inminente, esto no impide que el hombre no intente apartar la enfermedad como un mal. Corresponde incluso a su misión en el mundo el hacerlo. Con ello sigue siendo compatible la incondicional disposición para lo que Dios quiera y para sus inescrutables designios.) Ya antes vimos que el distanciamiento del cristiano frente al mundo no puede ser confundido con el odio budista al mundo. Véase vol. V, § 217.

El problema de la actividad humana en el proceso del morir ha sido tratado con especial visión y profundidad por Al. Winklhofer (*Ziel und Vollendung. Die letzten Dinge*, Ettal, 1951). Vamos a citar el texto más importante (págs. 27 y sigs.): "No vamos a contentarnos con las reflexiones fisiológicas. Miremos este acontecimiento con ojos de teólogo. Es natural que en la muerte, ni antes ni después, ocurra todavía algo decisivo para el destino del hombre y que, por tanto, la muerte sea más que un momento del tiempo o un término de una carrera que sobreviene accidentalmente y en el que Dios se dispone a decidir el destino del hombre para la eternidad, es natural incluso que el hombre mismo decida y culmine su destino con plena conciencia y perfecta posesión de su libertad espiritual en una poderosa visión de la importancia de su decisión como jamás la haya tenido en toda su vida. Con otras palabras, que se encuentre enfrentado a Cristo,

a su revelación y a su acción salvadora en la terrible tiniebla y dolor de esta hora con una ineludible claridad, aunque persista la oscuridad de la fe, que se encuentre enfrentado todo hombre, el pagano y el neo-pagano, y tenga que confiarse y mantenerse firme en esta situación, pero que pueda también decidirse desde el dolor de esta situación por una amorosa comunidad de destino con el Señor, que también soportó este dolor, y en definitiva contra todas las decisiones anteriores, que tal vez fueron decisiones contra Cristo y contra Dios. Pero el hombre también puede con plena libertad renunciar a la comunidad de Cristo en esta hora y decidirse contra toda una vida fiel y pura. Tanto dentro del sentido como contra el sentido de toda una vida el hombre puede dirigirse en este momento libre y enérgicamente contra Cristo. "La última acción sella todas las acciones anteriores" (Carossa). Pero por regla general el hombre hará uso de esta última posibilidad de decisión positiva o negativamente en el sentido de toda su vida anterior, y se necesitaría sin duda una enorme cantidad de fuerza para negar de repente todo el pasado y entregarse confiada y creyentemente a Dios y estar dispuestos a un amor incondicional a El, después de una vida configurada toda ella sin miramientos contra Dios y la conciencia. Quien no esté en estado de gracia y de amor cuando sobrevenga esta noche está en gran peligro de negarse a la exigencia de esta hora. Un hombre malo estará, sin duda, en tal momento más en peligro y más amenazado que un hombre bueno. El bueno aprovechará con más facilidad esta hora y resistirá sus peligros con más facilidad y fidelidad; la tiniebla no será, por tanto, tan oscura para él. Quien penetre en esa hora en estado de amor y de gracia se alegrará de poder recibir todavía algo difícil y oscuro que le haga partícipe del destino del Señor, a quien no fué ahorrada tampoco la terrible angustia que puede pesar sobre esa hora. Esta decisión a favor de Cristo o contra El en ese momento del umbral implica, por tanto, forzosamente la negación o afirmación de la propia vida en sometimiento o rebelión, en un balance feliz o negativo; está, pues, previamente lastrada o aligerada. La decisión por Cristo puede condicionar a la vez la declaración de quiebra sobre el querer y apasionado obrar de toda una vida."

Winklhofer se apoya para la tesis de la actividad del hombre al morir en la praxis litúrgica de la Iglesia, y con razón. Dice en las págs. 31-33: "A favor de nuestra concepción de la importancia del momento de la muerte parece apuntar también la práctica litúrgica de la Iglesia que acompaña con su oración a los moribundos e inconscientes, impreca para ellos la ayuda de la gracia en el momento de expirar (*in expiratione*) y no deja de rezar cuando el alma se ha apartado del cuerpo (*egressa anima de corpore*): "Subvenite, Sancti Dei, occurrите, Angeli Domini... a porta inferi erue, Domine, animam eius" ("Apresuraos en su ayuda, Santos de Dios; acercaos, ángeles del Señor..., salva su alma, Señor, de las puertas del infierno"). ¿Qué sentido tendría, de otro modo, seguir rezando en nuestra liturgia el ofertorio de la misa de difuntos, que sin duda procede de ideas de la muerte ya superadas, si no pudiera ser también correctamente entendido? (Señor Jesucristo, rey de la gloria, libra las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y del lago profundo; líbralas de la boca del león, para que no las trague el Tártaro, para que no caigan en las tinieblas, sino que el abanderado San Miguel las presente a la luz santa que prometiste en otro tiempo a Abrahám y a su descendencia.) ¿No puede ser retrotraída esta oración al momento de morir y ser entendida entonces con ayuda de

nuestra idea de la muerte, que la entiende como momento de peligrosas decisiones en el que es muy conveniente la oración intercesora de la Iglesia? Esta oración del Ofertorio es una decantación de la antigua creencia de los padres de que los moribundos son todavía intranquilizados por imágenes y apariciones angustiosas (San Juan Crisóstomo), de que incluso las almas ya separadas son puestas en peligro por los demonios en el aire (San Atanasio) y de que la esperan ángeles y demonios que luchan por ella (Macario). Esta antiquísima doctrina de la peregrinación del alma separada a través de mil peligros y amenazas se ha olvidado ya y fué condenada en 1336 por la bula "Benedictus Deus", de Benedicto XII; inmediatamente después de la muerte empiezan el premio y el castigo de la eternidad; después de la muerte ya no hay ningún cambio en la suerte de los muertos, ni hay tampoco aplazamiento del premio y del castigo hasta el juicio universal, por ejemplo, en forma de un sueño del alma; pero nada impide entender actualmente esta superada idea de un viaje del alma, como la idea de una odisea del alma extendida más de lo debido desde el punto de vista formal y bajo la lupa del tiempo, y cuyo núcleo de probabilidad no es más que la última situación de la separación. En la antigua Iglesia vivía en todo caso todavía la conciencia despierta de la significación activa del morir y su testimonio no es el más débil de los que aducimos para nuestra interpretación de la muerte."

Con derecho llama Winkhofer la atención sobre el hecho de que la interpretación de la actividad en la muerte es sumamente consoladora, ya que en caso de una muerte brusca e imprevista abre la esperanza de que el hombre realiza, incluso al ser violentado por la muerte, lo más difícil que puede realizarse en la vida, a saber, la disposición incondicional para la inesperada llamada de Dios. Sobre esto dice (págs. 33 y sigs.): "La muerte, tal como la entendemos nosotros, cae a todos como un brusco verano cálido y lleva a rápida madurez todo lo que está esperando desarrollo, cuando hay buena voluntad. En ella el niño se convierte en mayor, el adolescente en adulto, y el adulto sacude de sí lo inmaduro que tenga, del mismo modo que las grandes vivencias que afectan al hombre completo no sólo destruyen o devastan, ni siquiera en esta vida, sino que maduran y hacen madurar de repente y como de la noche al día. Desde nuestro punto de vista, el morir desarrolla tan enormemente todas las fuerzas del hombre, que todas se despiertan bruscamente y son capaces de la última decisión y maduran hasta la edad perfecta. No tiene importancia saber si las disposiciones y capacidades tienen todavía ejercicio terreno o una expresión en obras de la tierra; es mucho más importante saber si, desarrolladas, se dirigen inmediatamente a su objeto supremo y eterno: a Dios. ¡Cuántas cosas sin hacer puede haber en una vida de ochenta años y cuánto de lo hecho fué inútil! Nuestra concepción de la muerte nos permite mirar también al que murió joven como a quien ha madurado prematuramente y en una muerte temprana alcanzó muchos años" (*Sab. 4, 13*).

Por lo que respecta a la posibilidad psicológico-metafísica de actividad humana en el momento de morir, se puede suponer que la intensidad del alma humana se hace tan grande bajo la presión de la situación de la muerte y bajo la iluminación de la gracia divina, que el espíritu humano adquiere para su actividad una inde-

pendencia relativamente grande y posee, por tanto, una conciencia despierta a pesar de la catástrofe de las fuerzas corporales.

El hombre no puede juzgar hasta qué punto llega él mismo a poseerse en la muerte y elevarse en ella hasta la última y perfecta figura. Sobre ello dirá la última palabra Dios mismo inmediatamente después de la muerte. Pero si el hombre queda por detrás de su total entrega a Dios, Dios mismo le concederá más allá de la muerte la posibilidad de recuperar lo desperdiciado. El hombre se convierte definitivamente en ser que ama, si entra en la muerte en el sentido que Dios quiere. Sin embargo, no puede alcanzar ninguna seguridad de que el amor alcanzado y realizado por la muerte esté también completamente purificado. La Extremaunción le da capacidades especiales para ello. Pues le consagra para morir y para dominar la muerte haciéndole semejante a Cristo, ya que éste fué consagrado por la muerte para el cielo.

APARTADO 2.º

LA ACTITUD HUMANA FRENTE A LA MUERTE EN SUS ACTOS CONCRETOS

1. *Obediencia*

La actividad humana en el proceso de morir puede ser descrita de muchos modos. En primer lugar implica la obediencia a Dios, el Señor, que tiene un poder último e incondicional y un supremo derecho para disponer de los hombres. Esta obediencia tiene que ser entendida como participación en la obediencia con que Cristo dijo: Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya (*Mat.* 26, 39). Quien es obediente de esta manera se deja aprisionar incondicionalmente por Dios y renuncia con ello a toda voluntad propia y a toda autonomía. Entonces es rendido a Dios el honor que le conviene, el honor de ser el Señor de modo incondicional y radical. Sólo en Cristo y por Cristo es posible tal honor de Dios (cfr. el final del canon de la misa). Quien tiene tal disposición de ánimo permite que el reino de Dios se instaure en él. Deja que nazca en él el reino de Dios. La muerte es, por tanto, la suprema posibilidad de edificar el reino de Dios. A la suprema y extrema posibilidad

de honrar a Dios por parte de las criaturas la llamamos adoración. En la muerte ocurre, por tanto, lo que ocurre siempre que el hombre encuentra a Dios del modo debido: adora a Dios. En la muerte ello ocurre del modo más puro y fidedigno. La seriedad de la adoración sufre en ella su más dura prueba. En la adoración el hombre se somete a Dios no porque frente a él la opresiva prepotencia de Dios no deje lugar a otra elección, sino porque la dignidad y santidad de Dios es frente a él equitativa y recta. Dios no emplea su poder externo contra el hombre, sino que hace valer en él su voluntad de amor por esencia santa, justa y omnipotente. Lo hace sin violentar al hombre, de forma que no lo arroja al polvo, sino que le concede la posibilidad de decidir libremente. La muerte es la última y más urgente llamada a la adoración. Como la adoración es el verdadero sentido de la vida, la muerte es dentro de la vida de peregrinación una posibilidad privilegiada de realizar el sentido de la vida.

2. *Expiación y satisfacción*

El reconocimiento de Dios implica el reconocimiento de su santidad. A la visión de lo santo se une el conocimiento y confesión de la humana pecaminosidad. Como el hombre es pecador, es justo que tenga que morir. Cuando se entiende convenientemente, se acepta la muerte, por tanto, con disposición de penitencia y expiación. Se interpreta como participación en la expiación que ocurrió por la Cruz de Cristo. Ante la Cruz se dice: pertenezco propiamente a la Cruz, pues yo fui culpable de lo que fué expiado en la Cruz. Por el pecado eché a perder la vida. Quien entiende la relación de pecado y muerte, de santidad divina e impureza humana acepta la muerte como lo que le corresponde, por haberse rebelado contra Dios que es la vida. En la muerte se devuelve a Dios el honor que le fué quitado en el pecado. Este proceso puede verse desde dos puntos de vista: desde arriba y desde abajo. Por una parte Dios mismo se toma el honor debido al apoderarse del hombre, poner sobre él su mano, y revelarse a sí como Señor. Por otra parte, quien resiste la muerte convenientemente regala a Dios el honor que antes le había quitado por su pecaminosidad y egoísmo.

En la muerte puede dar honor a Dios en nombre propio y en nombre de los demás. Su muerte tiene, por tanto, un sentido individual y otro social. El cristiano debe tener el anhelo de dar a Dios el honor que le es debido en nombre de los demás. Pues ve en los

demás no extraños y lejanos ante quienes puede pasar indiferente, sino hermanos y hermanas por quienes Cristo entregó su sangre como precio de compra. Se sabe, por tanto, solidario de ellos y se hace responsable de toda la comunidad de los redimidos por Cristo. Se esforzará, pues, por dar a Dios el honor y el amor que le debe la comunidad de hermanos y hermanas en que vive. Cuando uno u otro miembro de esta comunidad se canse de honrar a Dios y se olvide de ello, en el cristiano vigilante y despierto nacerá con tanta más urgencia el deseo de hacer él mismo lo que hay que hacer y no se hace por omisión de los demás. Una posibilidad privilegiada para ello ofrecen las tribulaciones y dolores de la existencia, en las que siente la mano de Dios y se somete a El. Por eso puede alegrarse en sus padecimientos (*I Col. 1, 24*). Sin embargo, la suprema posibilidad es la muerte. Al reconocer en la mente a Dios como Señor que tiene derecho a disponer de la vida humana, rinde homenaje a Dios de la manera más perfecta y no sólo en propio nombre, sino también representativamente en nombre de los hermanos y hermanas. Sólo puede hacerlo cuando en su corazón actúa el amor de Cristo que es la cabeza de todos.

La máxima expresión de este hecho es la muerte del mártir. El mártir muere en nombre de la Iglesia y honra con ello a Dios en nombre de todos. Su obra expiatoria se convierte en expiación de todos. Erik Peterson dice en la explicación de la Epístola a los Filipenses (*Der Philipperbrief* [1940], 30; cfr. también E. Peterson: *Zeuge der Wahrheit*, 1937): "La gracia del dolor concedida a los testigos de Cristo en la hora del martirio es compartida también por la Iglesia. La Iglesia, que participa en la gracia del mártir, participa también en el amor del mártir, en el fuego del Corazón de Jesús, de forma que ocurre una sobreabundancia de amor en la historia." De modo menor vale esto de toda muerte cristiana. La muerte tiene, por tanto, alcance no sólo individual, sino social. Pues quien muere como cristiano muere como miembro de la comunidad cristiana. Cada muerte individual es una muerte del organismo.

3. Penitencia

a) La penitencia que hace quien recibe la muerte convenientemente significa un comportamiento opuesto al pecado. El pecado es siempre la entrega desordenada al mundo como que fuera Dios.

Por tanto, la penitencia implica siempre un abandono del desordenado amor al mundo, que no es más que egoísmo.

b) En el morir realiza el hombre la distancia del mundo sin la que no hay amor al mundo conforme al espíritu de Cristo. Las buenas obras que conoció la antigua Iglesia, ayuno, vigilia, continencia, son precursoras del último alejamiento del mundo ocurrido en la muerte. San Pablo exige crucificar la carne (*Gal. 5, 24*). Tampoco esta distancia del mundo, como todas las demás del cristiano, es un desprecio del mundo, como lo es el distanciamiento de los budistas, sino que es verdadero amor al mundo, aquel amor que ve el mundo desde el punto de vista de su figura futura, y considera su figura actual como algo transitorio. El hombre en la muerte rechaza el mundo, pero no porque no quiera saber nada de él, sino porque cree que no vale la pena meterse en el mundo definitivamente. Se despide de él y de los hombres porque con ello quiere confesarse incondicionalmente a favor de Dios como último y supremo valor, como vida verdadera y propia, como supremo tú, a la vez se hace capaz de un nuevo amor al mundo. Cfr. E. Peterson: *Marginalien zur Theologie*, 1956, 65-78.

c) Quien se aparta del mundo se aparta de su figura externa. Pero esta especie de abandono del mundo no significa ninguna separación del corazón, pues en el amor con que el hombre se dirige a Dios dispuesto a todo está también incluido el mundo amado por Dios. Por tanto, cuando el hombre entra en la muerte entregándose incondicionalmente a la voluntad de Dios, acoge en el movimiento de su corazón a las cosas y hombres creados por Dios, especialmente a los que están unidos a El. Tal movimiento hacia Dios y la ordenación en él de los hombres y cosas amados es acogido en un movimiento mayor y más amplio: el que muere entra en el movimiento que Cristo cumplió en la cruz. Por la entrada en el movimiento del Señor ante el rostro del Padre adquiere el morir del cristiano significación salvadora para el mundo. La muerte del cristiano tiene, por tanto, fuerza cósmica.

d) Este hecho se hace todavía más claro si recordamos una idea ya antes dicha. El mundo es salvado cuando se honra a Dios y perece cuando se le niega a Dios el honor. Por tanto, si la muerte significa el máximo honor de Dios, es una acción salvadora. Que la muerte del cristiano se hace continuamente activa en la historia lo debe a la acción salvadora que Cristo realizó al morir. Así se entiende que

San Pablo escriba a los Colosenses (1, 24): "Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia." La muerte se convierte así en tarea por los hermanos y hermanas, por la Iglesia, por el mundo. El último servicio al mundo a que todos estamos llamados se cumple de modo supremo en la hora en que nos apartamos radicalmente del mundo.

4. *La muerte como amor*

Cuando Dios llama al hombre en la muerte lo llama hacia su propia vida. La llamada es una llamada de amor, del amor que no puede soportar que el amado siga viviendo pobre y en miseria, en angustia y preocupación, del amor que anhela la presencia del amado. La llamada del amor tiene, sin duda, la incondicionalidad obligatoria propia de todas las palabras de Dios. Pero en esta incondicionalidad se dirige al hombre el amor salvador y plenificador. La respuesta verdadera a ella es el amor del llamado. La muerte es, por tanto, simultáneamente obediencia y amor encarnados. Lo es todo en una sola cosa: es amor obediente y obediencia amorosa. El amor encarnado en la muerte tiende a la unión con Dios. La muerte es sentida como vuelta a la casa del Padre. El amor realizado en ella es, por tanto, una realización del amor con que Cristo clamó en la cruz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc. 23, 46). Acepta lo que San Pablo dijo de la muerte: "Anhele disolverme y estar con Cristo." Se siente empujado a clamar: "Ven, Señor Jesús" (I Cor. 16, 22; Apoc. 22, 20; *Doctrina de los doce Apóstoles* 10, 6). Anhela la manifestación del Señor (I Cor. 11, 26). Tales actitudes ante el morir sólo son accesibles a quien entiende y quiere su muerte como participación en la muerte de Cristo.

5. *Preparación para la muerte*

Para ello se necesita un ejercicio durante toda la vida, pues a la hora de morir suele faltarle al hombre la fuerza y atención necesarias para la realización de tales disposiciones de ánimo.

Sólo quien se esfuerza y está dispuesto de antemano y continuamente a aceptar la muerte como penitencia y expiación en obediencia y amor tendrá la fuerza necesaria para ella en la hora de la se-

riedad, que es una hora de debilidad. La preparación para la muerte consiste en que el hombre realiza continuamente en su disposición de ánimo su participación en la muerte de Cristo fundada en el bautismo. Ello ocurre en el abandono del egoísmo y mundanidad, en la aceptación de las tribulaciones y sufrimientos, de las enfermedades y dolores, que son los mensajeros de la muerte. Quien se desprende de las cosas de este mundo entregándose a sí mismo a Cristo y las confía a Dios realiza un continuo morir. Hace lo que San Pablo exige a los cristianos: crucifica su carne con sus placeres (*Gal. 5, 24*). El apartamiento del mundo se une con la esperanza en Cristo, con el anhelo de encontrarse con El. Quien acepta previamente la muerte no huye de las tareas del mundo. Está entregado al presente y vive, sin embargo, orientado hacia el futuro. Toma en serio cada momento y su respectiva exigencia y, sin embargo, está tan lleno del Cristo futuro, que es capaz en cada momento de bendecir lo temporal, es decir, de entregarlo a Dios y ponerse a su disposición (H. E. Hengstenberg: *Einsamkeit und Tod*, 1936).

Para él es la muerte el gran paso de salida de este mundo, para el que se ha ejercitado ya con muchos pasos pequeños. La hora de morir es para él una hora feliz porque es el cumplimiento de las esperanzas y garantías anteriores. Puede, por tanto, repetir la palabra del Señor y decir con El: Todo está consumado (*Io. 19, 30*).

6. *Angustia y confianza*

a) La revelación de Cristo da una sobria visión de la muerte. No la sumerge en el esplendor irreal de un acontecer mágico o fantástico. A su luz recibe su gravedad y amargura que en último término le viene del pecado, que fué lo que la causó. El consuelo que la revelación ofrece en vista de la muerte no oculta lo horrible y terrible de ella, sino que lo descubre en su desnuda monstruosidad para ayudar después a soportarlo y superarlo. El cristiano penetra en la muerte confiadamente, porque más allá de sus dolores ve surgir la vida eterna. Pero entra en ella con el acorde anímico con que el hombre se encuentra siempre con lo terrible: el acorde de la angustia. En cierta manera es el modo objetivo y verdadero de portarse ante la muerte, ante la aniquilación, ante el no ser, ante el perecer de las formas terrenas de existencia, ante el inevitable e inexorable final.

La mirada hacia el fin de la existencia vital no es la razón más

profunda de la angustia. También el fin inminente de la vida corporal puede llenar de horror al hombre. Pero este horror no es el mayor. Con más fuerza aterroriza al hombre la posibilidad de que detrás de la muerte se apodere de él la nada, de que la vida se convierta en puro absurdo. Para los paganos que nada saben de Dios la angustia no puede calar muy hondo. Ante el cristiano se abre, sin embargo, un abismo todavía más profundo. La razón última de la angustia que siente el cristiano ante la muerte está en que la muerte es el sueldo del pecado. En su horror ve surgir la faz del pecado. La angustia ante la muerte es, por lo tanto, en definitiva, angustia ante el pecado y ante la revelación de su terrible figura por el juicio de Dios, que descubrirá todo lo malo. Es la angustia ante la lejanía de Dios y, por tanto, ante el absurdo más extremo. A la vista de la muerte le acosa al hombre esta cuestión: ¿Se revelará mi lejanía de Dios o mi proximidad a Dios? En la muerte siente el hombre que es un pecador, un condenado, y le acosa la idea: ¿Estoy en gracia de Dios de nuevo? ¿Soy tal que pueda ser agraciado por El?

b) Quien está unido a Cristo en la fe y en el amor no será atormentado y atribulado por esta cuestión hasta el punto de que tenga que entrar en la muerte con temor y temblor. En su angustia están incluidas la esperanza y la confianza y en tanta mayor medida cuanto mayor sea el amor. Así podrá soportar la angustia. (Sobre la imposibilidad de tener certeza metafísica o de fe del propio estado de salvación y sobre la posibilidad de tener una certeza meramente moral, véase vol. V, § 196.)

Pero la angustia sólo puede callar en los corazones abrasados por el amor de Dios y no alejados de El por ningún resto de egoísmo. Creemos que María murió la muerte como pura muerte de amor. No sabemos si aparte de ella hubo algún hombre capaz de tal muerte. Quien no está totalmente penetrado con el amor a Dios será acosado, si no ha ensordecido ya, no preguntando nada ni teniendo vivencia alguna ante la muerte, por la preocupación de que sean descubiertas sus debilidades, ya que hasta el hombre más perfecto las tiene. Tal preocupación se mezcla también en el anhelo del cristiano por volver a la casa del Padre. Cuanto más se aproxima el último paso hacia la gloria de Dios, tanto más claramente siente el hombre su oposición a Dios. Pues cuanto más se le acerca Dios, tanto más aprende a medirse, a medir su insuficiencia e impureza con la medida de Dios. Entonces puede parecerle terrible

y doloroso lo que mientras vivía la vida humana le pareció mínimo o indiferente. Así se entiende que una santa con la fuerza de entrega de Teresa de Lisieux se alegrara cuando sintió el primer signo de la muerte inminente y, sin embargo, fuera invadida de una profunda y devoradora angustia cuando vió la muerte junto a sí. En la Edad Media se expresa perfectamente esta unión de preocupación y confianza en el himno al sol de Francisco de Asís: "Alabado seas, Señor mío, por nuestra hermana la muerte. Ningún ser vivo puede librarse de ella." Pero inmediatamente después dice: "¡Ay de aquellos que mueren en pecado mortal!" El hombre tiene motivos para angustiarse ante la muerte en la medida en que sobre él impera el pecado. Y superará la angustia ante la muerte en la medida en que haya dado paso al amor (*I Io.* 4, 18).

c) El hombre no puede librarse de ella por sus propias fuerzas, porque de suyo no puede entrar y sumergirse en el fuego del amor divino. Es pura gracia de Dios que el amor llegue hasta el sentimiento y disposición de ánimo del hombre e inunde de tal forma ese estrato, que la angustia apenas tenga en él puntos de apoyo.

d) Al cristiano no le es permitido huir de la angustia de la muerte más que por el amor y la confianza, y no por el adormecimiento y olvido de la muerte y de sus signos. Con ello caería en contradicción con su unión a Cristo. Pues la angustia de la muerte es una parte de su participación en el destino de Cristo y tiene que soportarla con la obediencia y confianza con que Cristo la aceptó. Es, en efecto, participación en la angustia mortal de Cristo. En la angustia de Cristo ante la muerte se hace visible la razón última de la angustia del cristiano: es el pecado que Cristo tomó sobre sí para apartarlo en su muerte de la humanidad. Del mismo modo que la pasión del Señor se completa en la pasión de sus discípulos, su angustia ante la muerte se completa en la angustia de los cristianos ante ella. La huída de ella significaría, por tanto, que el hombre se cierra al sentido de la muerte, que se endurece frente a Dios, que en la muerte le llama por Cristo y en el Espíritu Santo ante el juicio de su amor. La indiferencia y sordera frente a la muerte serían, por tanto, indiferencia frente al Padre celestial. Despreciar la muerte en sentido propio sería un desprecio objetivo a Dios.

e) El pagano que no conoce a Dios ni al pecado puede despreciar la muerte. Sólo conoce el aspecto superficial y biológico de

la muerte. El hombre tiene que intentar enfrentarse con el dolor biológico y el final biológico sosegadamente. El poeta Marcial (*Epigramas*, II, 47, 30) dice: "No debes ni desear ni temer el último día." Pero el cristiano que sabe que en la muerte viene Dios a él no debe enfrentarse con la muerte despectiva e indiferentemente, sin atención e ignorándola, porque se enfrentaría despectivamente con Dios que es el juez y el amor. Esto sería degradar a Dios y ensorberbecer al hombre. El hombre mantendría así incluso en la hora de su muerte su *hybris* antdivina, su radical autonomía que no quiso someterse a Dios durante la vida. La muerte sería para él la última y suprema posibilidad de endurecerse frente a Dios. Tal posibilidad se cumpliría para siempre en la muerte.

f) Es instructivo que Cristo no nos exija morir sin angustia. No nos anima a tal cosa, aunque muchos preceptos suyos parezcan exigencias al sentimiento natural. Nos manda más bien—lo cual es especialmente instructivo en nuestro caso—no tener angustia ante los peligros e inseguridades de la existencia del mundo. Nos exige superar la angustia puramente biológica ante la muerte. El miedo nacido de la omnímoda amenaza de la vida debe ser vencido. "No os inquietéis por vuestra vida, sobre qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, sobre con qué os vestiréis" (*Mt.* 6, 25). Su exigencia se eleva incluso a la siguiente altura: "No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla" (*Mt.* 10, 28).

Tal exigencia no nace de la ceguera ante los múltiples y violentos peligros de la vida terrena. Al contrario, Cristo quitó todos los velos que pudiera esconder al hombre los abismos de la inseguridad. El hombre tiene que contar con que puede ser matado. A los ojos de Cristo eso no es un peligro de excepción, sino que es una continua amenaza. Con ello revela Cristo a los hombres su máximo peligro. Quita todas las seguridades intramundanas. No consuela con gestos fáciles, sino que descubre todos los horrores. Tampoco promete ninguna aportación contra ellos. Al despedirse no da, según el testimonio del *Evangelio de San Juan*, ninguna promesa para la vida terrena (*Io.* 14, 1). Sin embargo, exige no tener angustia alguna ante los peligros de este mundo, exigencia apenas soportable para el hombre que piense mundanamente y confía en las seguridades mundanas. Sobre este fondo se destaca tanto más oscuro el precepto de tener miedo ante un acontecimiento: ante el encuentro con Dios juez (*Mt.* 10, 28). También el cristiano debe conservar y soportar esa angustia. Precisamente él la tendrá; el infiel no conoce a Dios

y nada sabe del peligro que implica encontrarse con El. Ciertamente que tiembla justamente en los casos en que el cristiano no debe temblar. Pero aunque es mandado tener miedo ante Dios, inmediatamente se manda también no ser víctimas de esa angustia ni ahogarse en ella (*Io. 14, 1-4*). El precepto de temer a Dios se une a la llamada de levantarse desde el abismo de la angustia a la confianza en Dios. “Confíad en Dios, y confiad en Mí” (*Io. 14, 1*), dice Cristo a sus discípulos a la hora de despedirse para sacarlos de su estado de paralizante angustia. La confianza a que les llama está fundada. A su vista aparece la muerte de Cristo y la suya propia, pero la muerte se convierte para ellos en camino hacia el Padre. Este camino es viable, pues Cristo lo abre en su muerte. Quien está unido a Cristo conoce la muerte como un camino hacia la Patria y puede recorrerlo. Sabe que esperará más allá de la muerte. Allá tiene preparada una morada (*Io. 14*). Allí le está preparado, por tanto, lo que le fué negado en la vida terrena: plenitud y seguridad de vida. Cristo prometió ambas cosas no para la vida dentro de la historia humana, sino para la vida más allá de la existencia terrena. Quien oye y acoge esta promesa puede, confiando en ella, soportar y superar la angustia ante el juicio de Dios que ocurre en la muerte. Y así “la rigidez de la angustia se convierte en el temblor de la espera: el Señor vendrá” (J. Goldbrunner, op. cit., 42).

Quien espera no se deja, por tanto, seducir para olvidar el abismo de la muerte cerrando los ojos y defenderse de su horror por apartamiento y adormecimiento de la conciencia. Creerá más bien que desde el abismo de la angustia le busca una mirada, que es invisible, pero que sabe que está dirigida a él, tratará de cogerse a una mano, imperceptible, pero presente, en las tinieblas; se confiará a un corazón cuyo latido no puede oír, pero que, sin embargo, está vivo. Mientras que el hombre que se abandona a la angustia busca seguridad y cierra su yo en su voluntad de seguridad, quien confía abre su corazón y deja que fluya en él el amor de Dios. Cuanto más dispuesto esté para Dios, con tanta mayor fuerza podrá resistir la angustia en la confianza y en el amor. San Juan se refiere a la llamada de Cristo a confiar en el Padre y en El mismo cuando dice: “En la caridad no hay temor, pues la caridad perfecta echa fuera el temor; porque el temor supone el castigo, y el que teme no es perfecto en la caridad” (*I Io. 4, 18*). ¿Y quién podrá alcanzar este amor perfecto durante la vida? Supondría la plena falta de pecado. Pero San Juan sabe que ningún mortal medio llega a ello. Si lo afirmara, caería en la sospecha de ser un mentiroso y de

engañarse a sí mismo y a los demás (*I Io.* 1, 8). Por tanto, a la vista de la muerte sólo queda la confianza y la esperanza en que cada uno se dirige a Dios. Con estas fuerzas se puede resistir la inevitable angustia ante la muerte.

7. Falsos intentos de seguridad

a) Del mismo modo que el hombre sólo puede llegar a dominar perfectamente la muerte mediante un ejercicio que dure toda su vida, también a la última y suprema obstinación contra Dios conduce una línea recta desde la vida: la locura de seguridad en que el hombre cree no necesitar de Dios, sino poder ayudarse a sí mismo en todo. Se agarra a la tierra y lo espera todo de ella, de la posesión terrena, del poder, del placer; por ella vive como que no fuera a vivir eternamente y no fuera a morir. Expulsa de su vida la muerte y todo lo que se la recuerde. Aun cuando tropiece con ella no la refiere a sí mismo, sino a los demás. Los hombres se acunan en la ilusión de que "su casa durará una eternidad, que subsistirá perpetuamente su morada y pondrán sus nombres a sus tierras". Es una locura. "Pero el hombre, aún puesto en suma dignidad, no dura; es semejante a los animales, perecedero. Tal es su camino, su locura; y, con todo, los que vienen detrás siguen sus mismas máximas" (*Ps.* 49 [48], 13 y sigs.; cfr. *Lc.* 12, 20). El salmista pide a Dios que le destruya esta falsa seguridad (*Ps.* 39 [38], 5): "Dame a conocer, ¡oh Yavé!, mi fin y cuál sea la medida de mis días; que sepa cuán caduco soy." En la engañadora seguridad con que los hombres intentan sustraerse a la muerte caminan como sombras. Véase H. Thielicke, *Tod und Leben*, 1946, 2.^a edición.

b) En la embriaguez de vida del renacimiento y del barroco pudo acallarse así la angustia de la muerte. Encontramos la glorificación de la muerte olvidada de Dios siempre que el hombre no cree encontrar al morir un Dios personal: en la concepción panteísta de Dios y en la filosofía finitista de la actualidad. En la atmósfera panteísta del romanticismo, por ejemplo, la muerte es saludada como libertador de la prisión de la existencia individual y temporal y como tránsito hacia el universo impersonal. El anhelo de universo se convierte en anhelo de muerte. En Nietzsche la muerte se convierte en la suprema posibilidad de la libertad humana. No es opuesta a la vida, sino que es su mayor culminación. Pues en la

muerte el hombre se muestra como el más viviente, supuesto que muera bien, que muera no la muerte natural, la muerte del cobarde, sino la muerte libre que le ocurre al hombre cuando quiere y como quiere la muerte, que él mismo se da. Quien muere así es un santo negador de la vida cuya altura y límites ha alcanzado. Parecidas alabanzas retóricas a la muerte resuenan en la obra de Ricardo Wagner. La muerte posee para él un sello embriagador y dionisiaco. Desde entonces no ha enmudecido la mística extática de la muerte. También en la concepción filosófica de la muerte de Rilke encontramos un resultado emparentado con la comprensión romántica de la muerte. La muerte es el punto culminante de la vida. Por eso es familiar como la tierra. "Te quiero, amada tierra. ¡Oh! No necesito, créelo, / más primaveras tuyas, una, / una sola es ya demasiado para la sangre. / Me he decidido por ti indeciblemente desde hace mucho. / Siempre tuviste razón y tu santa ocurrencia es la muerte familiar e íntima" (*Duineser Elegien*, 9). Parecidos tonos percibimos también en Jaspers (*Existenzerhellung*, pág. 225).

En realidad el hombre nunca consigue procurarse un perfecto sentimiento de seguridad. A pesar de todas las seguridades superficiales no está libre del más íntimo desasosiego. Se manifiesta "en la renovada elección y cimentación de los bienes (carnales), en la ganancia creciente de dinero, honor y poder, porque este aumento parece ser idéntico con una ganancia más abundante en seguridad. Pero por cierto que sea que este desasosiego siempre está animado de la esperanza de que por la adquisición de esos bienes satisfago o puedo satisfacer mi vida, hay desasosiego al fondo de la seguridad. Por eso, vista desde esta perspectiva, también la intranquilidad fáustica es seguridad: es querer vivir sin muerte (Thielicke, *o. c.*, 172).

c) Este sentimiento de seguridad penetrado de desasosiego en el que no hay auténtica angustia ante la muerte es culpable. San Pablo dice de los paganos (*Rom.* 1, 18 y sig.) que no tienen conocimiento alguno de Dios porque reprimían tal conocimiento y caían en un consciente o inconsciente apartamiento del Dios vivo. No hay, por tanto, ninguna auténtica ignorancia de Dios. Ni tampoco hay auténtica ignorancia del sentido de la muerte. Donde parece existir es fruto de un no querer reconocer el sentido de la muerte, de la huída de la muerte intentada por todos los medios, del ensordecimiento del espíritu y del corazón ante su terrible llamada.

Por lo demás, cuando la muerte cae sobre el hombre y destruye su falsa seguridad, éste ya no es capaz de la auténtica angustia, que

es una participación en la angustia mortal de Cristo y puede ser soportada creyendo en El. Entonces, o cae en la abierta desesperación o reprime también la desesperación y se endurece en una obstinación luciferina. Cuando la obstinación le libera de la excitación del ánimo, nace la fría calma de la muerte de todos los movimientos del corazón que tienden hacia Dios. En él se ha separado el hombre plenamente de Dios e intenta alcanzar una vida independiente y cerrada en sí. En tal estado de calma el hombre está muerto para Dios y Dios está muerto para él. Pero más allá de la muerte esa calma se convertirá en máximo desasosiego. De ello hablaremos al explicar el infierno.

Si el más profundo sentido de la muerte consiste en ser un encuentro del hombre con Dios, la muerte es un proceso entre Dios y la persona humana. Interesa inmediatamente a quien afecta. El morir ocurre en la soledad del tú divino y del yo humano. En la muerte el hombre es remitido a sí mismo. Tiene que superar la muerte y el encuentro con Dios que en ella ocurre por sí mismo y, en definitiva, solo. Así se hace consciente de sí mismo. Es su propia mismidad lo que ve en su verdadera figura al morir, y no otra cosa. En este encuentro con Dios el hombre no puede ser representado por ningún otro. Nadie puede robarle a otro la muerte. No puede sumergirse en la masa para no ser visto. Aunque en su vida jamás haya podido estar solo ni se haya soportado a sí mismo, aunque haya estado siempre perdido en las distracciones y en la opinión pública para no tener opinión propia y no tener que decidir por sí mismo, en la muerte es el individuo quien es llamado por Dios, quien tiene que presentarse a El para tener que sufrirla él solo, no soportado ni protegido por los demás. Tiene que hablar y contestar por sí solo, aunque no lo haya hecho en toda la vida. Nadie puede hacerlo por otro. En la muerte se revela y realiza la unicidad e insustituibilidad del hombre. Al recto comportamiento frente a la muerte corresponde estar dispuesto a presentarse ante Dios como individuo.

Dentro de las posibilidades de este mundo no hay ningún medio de privar a la muerte de su soledad. Pero desde Dios hay una posibilidad de resistirla. Del mismo modo que el verdadero misterio de la existencia consiste en que el cristiano es dominado por el yo de Cristo conservando, sin embargo, su propia mismidad, el misterio de la muerte cristiana consiste en que el hombre muere como individuo realizando, sin embargo, en su muerte la muerte de Cristo. Participa en la muerte de Cristo y en esa participación muere,

MICHAEL SCHMAUS

sin embargo, su propia muerte. La unión con Cristo no hace, a pesar de su intimidad, que su yo se funda con el yo de Cristo, pero le ayuda a superar la radical soledad del yo (véase la condenación del pancristismo, por Pío XII, en la encíclica *Mystici Corporis*). A ello se añade la unión de los cristianos con los ángeles y todos los miembros del *Corpus Christi mysticum* en la comunión de los santos. La Iglesia invoca también a los ángeles y santos para que conduzcan al que muere a la presencia de Dios.